

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 18 DE DICIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.618

## LOS NUEVOS NOVELISTAS DE FRANCIA

EN España y en la América latina son escasos los lectores y los críticos que tienen una idea equilibrada de la renovación de la literatura en Francia. Son muchos los que siguen aferrados a sus antiguas admiraciones: Bourget o France, Mirbeau o Pierre Loti, Marcel Prevost o los Rosny, como si en ellos se hubiese detenido la corriente, tan rápida y crecida, de la novela francesa.

Otros suponen que la guerra sólo ha dado a Francia un escritor: Barbusse.

Otros, los más incautos, confunden el vagido de *Dada* o las charadas de Cocteau, respectivamente, con una voz mesiánica o con un convenio entre Edipo y la Esfinge. Ni *Dada* es otra cosa que una erupción nihilista—a la postre saludable, pues toda enfermedad infantil que no mata es una victoria de la vida—, ni el grupo Apollinaire, Max Jacob, Cendrars, Reverdy, Cocteau (es decir, la llamada escuela cubista, por mucho que proteste Cocteau) ha llegado todavía a ninguna cristalización literaria. Esperemos. Dadaístas y cubistas son semillas que acaban de caer en el surco. No son árboles, ni siquiera plantas. Que en ambos grupos hay escritores de talento y hasta geniales, es indiscutible. Pero están formándose.

Hablemos de los ya formados, de los que tienen ya un rostro y unas manos y unos pies, que saben lo que quieren y adónde van.

Dejemos de lado, respetuosamente, a los escritores más o menos grandes que legó a Francia el siglo XIX. Nadie necesita que le recuerden la significación de un Barrès, de un Bourget, de un Loti...

Vengamos a los nuevos y a los novísimos. No puede decirse que la guerra los haya revelado, porque, salvo una o dos excepciones, todos habían comenzado a andar antes de la catástrofe. Lo que ha hecho la guerra no ha sido revelar escritores, sino sugerir obras. Un escritor no se improvisa nunca, y menos en los campos de batalla. En 1914 ya era Barbusse un cuentista y un poeta estimable. La guerra, más que dar, le ha quitado escritores a Francia: Psichari, Emile Clermont, Alain Fournier, el extraño Peguy...

Pero la guerra ha permitido también que, exaltados por la ansiedad y la esperanza, los nuevos escritores franceses hayan ahondado más en sí mismos e intelectualmente hayan trabajado más que nunca. Ahora empieza a verse. La producción literaria es intensísima y su mérito muy elevado.

Hablemos por de pronto de la novela que sigue triunfando y renovándose en Francia.

¿Qué novela? todas las novelas. Los novelistas nuevos no obedecen a ningún sistema, a ninguna fórmula. Son arbitrarios; tienen su idea y su ideal de la novela propia, y no desnaturalizan sus sensaciones y emociones mezclándolas con las normas de los maestros.

Nadie pretende seguir a Flaubert; a nadie se le ocurre calcar a Stendhal, ni se conoce un discípulo de Zola.

Los realistas y naturalistas—que deben reunirse en un solo grupo, en el que figuran Flaubert y los Goncourt, Zola y Maupassant, Huysmans y Mirbeau—; los psicólogos y los simbolistas, que pueden aplicarse a otra constelación: Paul Adam, Remy de Gourmont, Barrès; los novelistas que proceden directamente del siglo XVIII, France y Henri de Regnier,

todos los maestros, en fin, influyen sobre los novelistas de ahora; pero no llegan a captarlos, a fascinarlos. Ninguno tiene, entre los nuevos escritores de talla, imitadores. En cambio, abundan los enemigos del realismo seco, los adversarios de la psicología de laboratorio y de las tesis. Además, los novelistas franceses de hoy, a los que no podrá acusarse de limitación intelectual ni de xenofobia, se nutren de la savia de algunos filósofos—James, Bergson—y de la sustancia de va-

rios novelistas extranjeros: el injustamente olvidado Turgueneff, el enorme Dostoiewsky, el insondable Meredith... Y, de vez en cuando, leyendo a Giraudoux, por ejemplo, se piensa en Henri Heine, como al sonreír con Miomandre, un excelente crítico, Mr. Albert Thibaudet se acuerda de un escritor japonés contemporáneo: Okakura Kakotzo, y de Dickens.

Esto quiere decir que los novelistas franceses han roto moldes y traspuesto fronteras, y que, por más libres, son más personales y más novelistas que nunca. Porque no es novelista el que adereza un libro, según la receta del ogro de Croisset (Flaubert) o la del incansable obrero de Meudon (Zola), sino el que posee el don de interpretar la vida de una manera original. En el arte novelístico, como en todas las artes, sólo tiene valor lo que es personal, consista en lo que consista la personalidad. La personalidad puede estar en los ojos, en el corazón, en el cerebro, donde sea... Un escritor es un burlón, otro un intelectual, otro un psicólogo. Lo mismo da. El caso es que sea algo, que dé una nota lânguida o exaltada, hilarante o patética; que huela a algo propio: a flores de invernadero, como Edmond Jaloux; a calles de París, como el gran malogrado Charles Louis Philippe, o a «cabarets» de Montmartre o Montparnasse, como Max Jacob.

El éxito de librería y el éxito académico aflojan o destruyen la ideal mil veces santa de la personalidad. ¿Qué personalidad estimable hay en Pierre Benoit? ¿La de haber resucitado, con cierta corrección en la forma, la novela de aventuras? Pues no basta para que se le pueda estudiar al mismo tiempo que a Jaloux, a Giraudoux y a Proust, que, juntos, venden mucho menos que él. ¿Qué puede importarnos que Henri Bordeaux haya entrado en la Academia?

Ni el éxito de librería, ni la consagración académica son incompatibles con la personalidad, entiéndase bien; pero nunca se luchará bastante contra la necia y grosera propensión a medir a los escritores por sus ganancias o por sus premios y diplomas. Un escritor no es un mercader ni un colegial.

Acostumbrémonos a hablar de los escritores como si ya se hubiesen muerto: sin antipatía y sin encomio; pero con buena intención.

Al referirse a la nueva y a la reciente generación de novelistas franceses hay que poner en primer término un nombre: el de André Gide, como el de un pastor. La inteligencia de Gide es muy honda y de una flexibilidad maravillosa. Su cultura es inmensa. Su gesto, admirable. Su filosofía, severa. Su estilo, limpio, cálido y vibrante de vida, como la piel de un adolescente. Pero, ¿quién que torne los ojos a la actual literatura francesa no

## Por la España pintoresca



PAISAJES CONQUENSES. UNA DE LAS HOCES DEL HUÉCAR

uenca es una de las ciudades más pintorescas de España, y también, ¿por qué no decirlo?, de las más ignoradas. Maravillosa conjunción de la Naturaleza con el Arte, se caracteriza, desde cualquier punto de vista que se la mire, por lo movido de su silueta y por la fastuosa riqueza de sus encendidas coloraciones. El lápiz imaginativo de Gustavo Doré no ha podido nunca superar en fuerza expresiva el vigor del dibujo—de amplias aguafuertes—que las formas de la vieja población castellana encierran. El capricho de su revuelto trazado, asentándose sobre las moles fantásticas del terreno, ha hecho pensar a cierto escritor contemporáneo que aquí, y no en otro sitio, debiera haber nacido Dominico Theotocópuli, el Greco. Nada, en efecto, más exacto. Discurrida por el genio complicado y sutil del artista cretense, no sería más de lo que es en realidad. Nuestro grabado reproduce uno de sus aspectos, el que se ofrece al pie del puente de San Pablo, y de ese prodigio de equilibrio que se conoce con el nombre de las "casas colgadas".



conoce *Le retour de l'enfant prodigue*, *L'Immoraliste*, y, sobre todo, *La porte étroite*, esa obra maestra indiscutible? André Gide es el teorizante literario más profundo de Francia y uno de sus primeros novelistas. ¿Juzgarlo aquí? Imposible.

Partimos de Gide; pero no entramos en él. Gide reclama ya la monografía extensa, el libro de crítica, como Stendhal.

Pronto hablaremos de los novelistas nuevos, del hondo, indescifrable, inextricable — ¡y cuán substancioso! — Marcel Prouts; de Jaloux, tan delicado; de Girandoux, el más caprichoso y más lírico de todos; de Miomandre, de Valéry Larbaud, de Montfort, de los Tharaud... No vamos a poner cátedra, sino a hablar, de

vez en cuando, de literatos franceses que, en general, conocemos por sus obras y por su vida, de la que nos han descubierto algunos velos las manos suaves de la amistad...

Alberto INSUA

## ORIGEN REGIO DE UN BARRIO PLEBEYO

EN lo más castizo y pintoresco de la calle de Toledo hay una callejuela encastada y sucia que nace al pie de la pesada y antiestética mole de la Fuentecilla y va a morir casi en las lindes del sosegado Manzanares.

Calle tan humilde y poco aseada, que más parece albañal de su hermana más crecida, la que, habiendo por origen el arco de Pañeros de la Plaza Mayor, va a morir en la puerta infamante que la cobardía alzó al monarca intruso y la adulación consagró al absolutismo; tal calleja, digo, es de origen tan alto, que viene de estirpe regia.

Diz que allá por los años de 1480 había en aquellos arrabales de la villa un grupo de informes casuchas (honorable y legítimas ascendientes de aquellas que hasta habrá poco formaron los barrios de las Injurias y de las Cambronerías) que servían de albergue y taller a varias familias de alfareros.

Entre estos modestos artífices había uno a quien llamaban el tío Daganzo, por ser natural del pueblo de este nombre.

El tal, que era viudo y padre de numerosa prole, vivía harto preocupado por la inutilidad de la menor de sus hijas, llamada Sancha; la pobre tenía tan poca salud, que nunca pudo ocuparse en nada ni ayudar a los suyos en las tareas más sencillas.

No se le podía encomendar trabajo alguno en el alfar, si no se quería que finase con la industria y por ende con el vivir de la dilatada familia. Cacharro que tocaban sus manos, tornaba a su primitivo origen.

Mirando esta lamentable inutilidad, el tío Daganzo determinó a emplearla

en transportar agua con un borriquito, dejando para las horas de poca preocupación el pensar que cada viaje costaba un cántaro, por lo poco.

Estas malhadadas andanzas de sus pobres manos procuraron a la pobre rapaza, además del desprecio y enojo de sus hermanos, la popularidad entre sus convecinos.

Tomando el apodo del padre, llamabanla la Daganzuela; pero el vulgo, que nunca fué amigo de perder el tiempo en palabras correctas, corrompió el vocablo, haciéndole más fácil a su pronunciación, y la dijo la Arganzuela.

La diosa Fortuna, que a las veces gusta de hacer tal cual escapada por tierras de la miseria, dispuso que la reina Isabel, que solía encontrar placer y divertimento en recorrer los alrededores de Madrid, bajase a pasear por cerca del barrio de los alfareros.

Sin duda que la vista del pobre río aguijole la sed, y quiso gustar de aquella agua, que entonces era más cristalina y pura que al tiempo de ahora.

Las damas y pajes de la comitiva comenzaron a buscar copa digna de tan honroso menester, y en su requisitoria por los alfares no hallaron vasija merecedora de que se posaran en ella los labios de una reina. La más fina que pudo admitirse fué el cantarillo de la Arganzuela. Ella misma, con más solicitud y tino de lo que acostumbraba, fué a la orilla del río, y encerrando en el humilde recipiente el agua limpia y sana del Manzanares, fué a ponerlo en manos de la augusta señora. El asombro de las gentes, que sabían la inhabilidad de la desmedrada moza, no tuvo límites al ver que desde sus manos pasó el cacharro a

las de la soberana sin derramar ni una gota.

Agradeció Doña Isabel aquel servicio tan sencillo y de tan buena voluntad prestado, y así de como bebió trabó conversación con la muchacha, preguntándole cómo se llamaba y cuya era.

—Llámanme la Daganzuela, porque a mi padre le dicen el tío Daganzo; él y mis hermanos componen mi familia, que a mi madre la perdí cuando vine al mundo—respondió Sanchica, mostrando más vigor en la lengua que en las manos.

—Y tú, ¿les sueles ayudar en el oficio?

—No puedo, señora, aunque bien quisiera y este fuera mi mayor goce, que si voluntad me sobra, faltanme fuerzas. Cosa que tocan mis manos, fenese en ellas. Por más que pongo mis cinco sentidos, no puedo remediarlo.

—¡Válgate Dios, pobre niña! De modo que si tu padre muriese y abandonárate tus hermanos, no podrías tú sola ganarte la vida.

—Pienso, señora, que no. La caridad del cielo sería conmigo, que personas piadosas entienden que no faltan en el mundo, aunque por estos sitios no abundan.

Por un breve espacio calló la soberana y durante él no quitó los ojos de la infeliz niña.

—Toma luego otra vez el cantarillo—dijo—y ve a llenarlo.

Hízolo Sancha con la misma presteza y buen tino que la vez anterior, y ofreciólo a la reina.

—Ahora—mandó ésta—, riega un buen espacio en redor y torna a llenarlo y a hacer lo mismo cuantas veces te licen cien tus fuerzas.

Sanchuela no se hizo repetir la orden: llenó el recipiente por dos veces y demarcó con su contenido una gran extensión de terreno; pero al verter por tercera vez la vasija, mostróse visiblemente fatigada.

—Tuya es toda la tierra que regaste—dijo a este tiempo la soberana—. Con el sudor de tu frente la has ganado. Quiero que sea tu dote.

Y volviéndose hacia los caballeros de su comitiva, hablóles con entereza de orden que ha de ser ley:

—A vosotros cumple el curar que mañana mismo sea realidad mi promesa.

Alzóse del humilde escabel en que se sentaba, y dando a besar la mano a su protegida, se entró en la litera y mandó a los silleteros tomar el camino de Madrid...

La Arganzuela quedó desde entonces por dueña y señora de aquellos terrenos.

De allí a poco murió el tío Daganzo, y por no hallarse sola en el mundo, a más de por no haberle llegado la hora de que Amor llamara a su puerta, contrajo su hija matrimonio, que no fué muy duradero, pues que a poco de haber su tercero vástago quedó viuda.

Dedicó el resto de su vida a hacer el bien y practicar la virtud. Hízose Hermana de la Venerable Orden Tercera, y empleó su caudal en limosnas para la edificación de la capilla de San Francisco y en otras obras de interés público y religioso.

Murió tan piadosa señora, inútil para el trabajo y apta para la maternidad y la religión, mediando el siglo XVI, y fué enterrada en la capilla de San Onofre, del convento de Jesús y María.

Diego SAN JOSE

## EN LA GUERRA, COMO EN LA GUERRA

HAN comenzado a aparecer los papeles en los balcones de algunas casas de Madrid.

Hasta ahora son pocos los pisos desahuyados que tienen la valentía de lucir como un escudo sobre los hierros de sus huecos exteriores ese emblema blanco que en la amplitud de la ciudad parece un copo de nieve desprendido de una nevada fracasada.

Los copos son aún en número muy exiguo; pero todo se irá. Por lo menos, hay que esperarlos así; con el tiempo, el problema de los alquileres dejará de serlo, y no por virtud de ninguna cataplasma legislativa.

Mientras tanto, no conviene hacerse demasiadas ilusiones: seguimos en plena ofensiva. Para mí, todo consiste en una cuestión de táctica. Véase cómo.

Antes, el señor que era propietario de una casa lo que deseaba era tenerla alquilada toda ella, a ser posible, los doce meses del año; la renta no podía ser objeto de discusión, pues cada piso tenía asignada la suya de un modo casi mecánico. Cada individuo que alquilaba un cuarto era un ser humano que ayudaba al propietario a satisfacer un deseo legítimo: el de obtener un producto a su capital. Eran tiempos de paz.

Los presentes son de guerra. Caseros e inquilinos están siempre colocados en situación de enemigos, arma al brazo, y sabiendo que la única justificación de las guerras son las victorias sobre el adversario.

Y no importa que haya vecinos que se lleven muy bien con sus caseros, se saluden si se encuentran en la escalera y hasta tomen café juntos: son treguas en la batalla, momentos de armisticio. La guerra sigue, y raro es el día en que el casero no se apunta un triunfo.

Se trata, por ejemplo, de un inquilino antiguo—conozco yo el caso muy de cerca—que en los siete años que lleva en la casa ha sufrido, sin protesta, dos aumentos en el alquiler. Su propietario llega un día a la tertulia del café a donde concurre todas las noches, compuesta exclusivamente de caseros como él. Se habla de los inquilinos.

—Pues yo, hoy—dice nuestro amigo—he comunicado a los míos que no quiero perros en la casa. El que los tenga, que los venda o los eche al cocido.

—¿Y se han aguantado?

—¡A ver!... Ortiz, ese que está empleado en la Deuda y que lleva ya cerca de ocho años en el bajo izquierda, ha cerreado un poco; dice que cuando él al-

quiló la casa no existía esa condición.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—Que en ocho años han variado mucho las cosas; el cuarto que pagaba doce paga ahora treinta y seis. Nada, hombre; que en mi casa, de hoy en adelante, no ladra nadie más que el portero.

Y se frota las manos, como el general que acaba de conquistar una nueva posición.

Porque no se trata mas que de eso, de una ofensiva en regla.

—Pues a mí—dice otro de los contertulios—se me ha ocurrido algo más salado.

—A ver, a ver...

—La casita mía del paseo del Cisne no tiene escalera de servicio, y ¡claro! lecheros, carboneros, dependientes de ultramarinos, todos los proveedores de los vecinos de la casa tienen que subir y bajar por la única escalera. Bueno; pues a mí se me ha ocurrido...

—Que suban desde la calle, a pulso, por una soga pendiente del balcón.

—No... Me iban a estropear la fachada. Lo que se me ha ocurrido es que no puedan usar la escalera después de las once de la mañana.

—¡Magnífico!

Es otro triunfo, un nuevo tanto que se apunta el beligerante.

Claro que una guerra es una cosa entre dos, y en esto de las casas el otro beligerante tampoco se está quieto. Desde que el problema llegó a su fase álgida, el inquilino saborea una porción de voluptuosidades nuevas; son cosas que antes sólo realizaban alguno espíritus perversos, y siempre como excepción. ¡Pero ahora!

¡Oh, el placer sádico de dejar el grifo de la cocina, o del baño, abierto toda la noche! ¡Oh, la diabólica alegría de verter un tintero en la escalera! ¡Oh, la satisfacción maquiavélica de dejar abierta la puertecilla del ascensor a la altura del piso quinto, para que el portero se vea obligado a subir y cerrarla si quiere que el artefacto descienda!

Son los triunfos del inquilino.

A veces la crueldad toma unos tintes refinados dignos de un Borgia... o de un Landrú; y el vecino del cuarto hurta las bombillas eléctricas de la escalera, o aprovecha a primeros de mes el pago del alquiler para colocar un duro falso.

Es triste; pero es así. Y si alguien se queja de todas estas infamias, se le puede decir, entre escéptico y resignado:

—¡Es la guerra, señor!

Joaquín BELDA





## ACTUALIDADES ≡ GRÁFICAS ≡



Entre las notas gráficas que en los últimos días nos ha brindado la vida española, es una de las más simpáticas el viaje de S. M. la Reina Victoria por tierras andaluzas para llevar el lenitivo de su cariñoso interés a los heridos de África que allí están curándose. Una de nuestras fotografías representa un momento de la visita de la egregia señora al Hospital Militar de Sevilla. De cómo a todas partes se extiende la aureola de bondad y hermosura de la augusta dama es significativa muestra, que también recogemos, la efusión con que el españolísimo *Diario de la Marina*,

de la Habana, llama a doña Victoria «la más bella soberana de Europa» al estampar el artístico retrato que aquí reproducimos.—Otros sucesos de interés que ha ofrecido la semana fueron la Asamblea de Diputaciones Provinciales congregada en Madrid, y cuya trascendencia no es necesario encarecer, y el estreno de la comedia póstuma de Galdós «Antón Caballero», adaptada y terminada por los hermanos Álvarez Quintero. La escena del segundo acto aquí fotografiada, es una de las que mejor revelan el temperamento dramático de su glorioso autor.

(Fotografías de Alfonso y de Serrano.)

FORMA



# LA MODERNA ESCULTURA RELIGIOSA

EN el salón de la Sociedad Española de Amigos del Arte, se halla estos días expuesta al público una Dolorosa, de madera policromada, original del notable escultor D. Enrique Lorenzo Salazar. Destinase dicha imagen a la capilla funeraria que en el cementerio de Molina de Aragón tiene la señora viuda de D. Calixto Rodríguez. Por las circunstancias especiales de esa obra y su significación nos referiremos a ella en las líneas que siguen.

En primer lugar, diremos que su autor es discípulo y colaborador del ilustre maestro Julio Antonio. Con sólo indicarlo se comprende el interés que pueda ofrecernos una manifestación artística así. Ahora veamos en qué consiste la orientación a que responde.

Algún crítico, en ocasión reciente, se ha vuelto contra el pretendido nacionalismo de las formas, que, tomando pie en las de los viejos maestros españoles, contrahácense hoy y se sirven al gusto contemporáneo a título de expresiones castizas. Nosotros, por nuestra parte, creemos que al aludido crítico le asiste la razón en cuanto rechaza unas maneras de falsificación que, desde luego, rechazamos en los muebles del llamado estilo español. Sí; hay que salir al encuentro de semejante plaga, dondequiera que se nos presente. Pero, en todo caso, librémonos de censurar a aquellos artistas que por su educación, y no por afán de una cultura superficial, se dedicaron a estudiar en serio, por ejemplo, a Berruguete, a Gaspar Becerra, a Juan de Juni o a Gregorio Fernández. En las producciones de tan grandes hombres hay un conjunto de enseñanzas en verdad aprovechables, y es más que conveniente, necesario, contrastarlas si se aspira a la condición de buen escultor. No se trata, pues, de copiar, sino de aprender, y para adquirir una disciplina que fortalezca en el oficio, se deben desentrañar las lecciones de los clásicos, lecciones que, a la distancia de los tiempos, llegan a nosotros despojadas de dogmatismos que la escuela y la época imponían de consuno. Libres, por tanto, de absorberencias, se nos muestran al cabo; la admiración de sus bellezas no privará, antes favorecerá, al temperamento bien dotado, de medios «experimentados» con que se ayude, en la rebusca de los elementos, para definir y fijar los matices de la propia sensibilidad.

Don Enrique Lorenzo Salazar, al concebir la idea de una Dolorosa, hubo de ser solicitado a la vez por los tipos tradicionales y por las modernas modalidades del arte. En su intento, pretendió conciliar unos con otros, armonizándolos a la luz de lo decorativo. Contra un desbordado movimiento barroco, se atuvo, en cuanto a los ropajes, a la reposada ordenación de ritmos, con excesivo sabor arcáico; aquí se ha sometido a voluntario vasallaje el discípulo de Julio Antonio; mas las influencias del maestro fueron olvidadas frente al natural, ante el modelo femenino para la cabeza y manos. El rostro, de conmovedores rasgos, está sentido; su patetismo es muy de casta, y, en tal respecto, avivará con fruto la devoción de las gentes sencillas.

Hemos escrito «intento», y lo es desde luego el que patentiza en la imagen el Sr. Salazar; intento, ya por el concepto, ya por los recursos técnicos empleados,



La talla en madera y la policromía con oro (no ha de confundirse lo segundo con el estofado), usadas por cualquier fabricante de santos, pierden su verdadero sentido y contribuyen, en cambio, a darnos la impresión del objeto, dulce y bonito, de bazar. La mano del artista inteligente, aun sin alcanzar la plena perfección en los procedimientos, es algo que no engaña.

Ignoramos lo que será el próximo concurso de bustos policromados organizado por la Sociedad Española de Amigos del Arte; el tanteo del Sr. Salazar se nos antoja una anticipación de lo que en él haya de verse; por lo cual, y para posibles analogías, lo tomaremos como una dirección dentro del arte actual.

La que inspira la creación de D. Enrique Lorenzo Salazar obedece a un eclecticismo, mejor aún, a una compaginación caprichosa de los formularios arqueológicos. Se mira demasiado al arte de los museos para elaborar el contemporáneo. De otra suerte, en la escultura de carácter religioso no caben innovaciones tan radicales que destruyan las esencias acumuladas bajo la acción secular de sentimientos y de formas. *In medio, virtus*. Pero el justo fiel no resulta de poner la porción exclusivamente antigua en un platillo de la balanza, y otra porción igual de substancia rigurosamente moderna en el platillo opuesto.

La compenetración de factores se ha de verificar al través de humano e intenso poder vivificador. Más que en lo externo, en superficiales proyecciones, reclama mayor intimidad. Lo demás será un puro acarreo de elementos extraídos de los diferentes yacimientos históricos, sin sazón espiritual que los abone.

La crisis del arte religioso se explica, entre otras razones, por haberse desatendido el espíritu a costa de la fría erudición. Los figurines de rubrica en el asunto de historia, ya para el cuadro, ya para la imagen de bulto, han sido los enemigos del sentimiento; la documentación gráfica estorbó lo fundamental: el alma del personaje que se deseaba representar. En los pasados siglos no existió la manía de caracterización por el indumento que las épocas remotas, de acuerdo con la puntual exactitud histórica, exigen. El pintor o el entallador de antaño no se cuidaban de anacronismos: las escenas del antiguo o del Nuevo Testamento, y las figuras de la iconografía sagrada, eran no trasuntos arqueológicos, sino veraces encarnaciones de coetaneidad. El mundo gótico entendió la religión muchas veces al través del teatro litúrgico, que fué poderoso vehículo para hacerla llegar al pueblo.

Las costumbres de hoy no toleran las acomodaciones que durante varias centurias estuvieron vigentes. Los trajes, en las modas que privan, se resenten de profanidad ofensiva. El imperio de la opereta no es el más apropiado para el desarrollo del arte religioso.

Loable, muy loable nos parece el trabajo estatuario del Sr. Salazar, porque, aparte indudables trozos bellos que posee, no es una vulgar repetición.

El lenguaje plástico, con la gubia y el pincel, delata al imaginero de porvenir, y de porvenir envidiable si acierta a proscribir el exornio rancio de una Grecia *via Munich* que a tantos artistas ha trastornado el seso.

Angel VEGUE Y GOLDONI



# LOS TRES PRÍNCIPES

ÉRASE un rey que tenía tres hijos, llamados Sisebuto, Gumersindo y Estanislao. Un día los llamó y les dijo:

—En no sé qué parte del mundo hay un jardín que pertenece a la maga Imperia; en ese jardín hay dos pozos con las aguas de la vida y de la muerte y un árbol que da las manzanas de la juventud. Al que me traiga un saco de esas manzanas y dos frascos de esas aguas, proporcionándole así la juventud y la inmortalidad, le regalaré mi trono y mi corona.

Los tres príncipes sortearon a cuál le tocaba partir el primero, y Sisebuto fué el favorecido. Después de abrazar a su padre y a sus hermanos se embarcó, en compañía de un fiel ministro, viejo y algo chocho, pero muy buena persona.

Al octavo día de navegación se levantó una tormenta horrible; durante tres días y tres noches el viento no cesó de soplar, la lluvia de caer y los truenos de retumbar. De pronto, todo se calmó: el sol brilló en el cielo despejado y el buque abordó a una isla maravillosa.

El príncipe desembarcó con el ministro. No habían dado cuatro pasos cuando vieron una linda mariposa verde que revoloteaba en torno suyo. Sisebuto se pirraba por las mariposas, y aquella era especialmente linda.

—Esperadme aquí—dijo a su acompañante—; si dentro de tres días no he regresado, volved solo al imperio de mi padre.

Y echó a correr detrás de la mariposa; así llegó a una selva. De repente, la mariposa desapareció, y el príncipe se halló ante una cabaña, delante de la cual había un anciano sentado.

—¿A dónde vas?—preguntó el viejo.

—Y tú, ¿quiénes eres para interrogarme?—dijo el joven con arrogancia.

—¡Insolente!—exclamó el viejo—. Ya aprenderás, a expensas tuas, quién es el brujo de la selva.

Golpeó el suelo con su bastón; en el acto surgieron de la tierra tres negros gigantes, que maniataron al príncipe y se lo llevaron a sus dominios subterráneos.

Al cabo de tres días, el viejo ministro, que había estado esperando donde el príncipe le dejó, volvió a embarcar, suspirando; puso al buque velas de luto y fué a anunciar a su soberano la desaparición de su hijo.

El rey vertió abundantes lágrimas; quería impedir que sus otros hijos se expusiesen a los mismos peligros que su hermano; pero los dos príncipes insistieron de tal modo, que el rey acabó por ceder. Sortearon, y le tocó a Estanislao partir con el viejo ministro hacia la isla encantada.

También a Estanislao le gustaban las mariposas, y también ¡ay! él era arrogante y descarado. Siete días—según había ordenado—le esperó el pobre ministro al borde del mar; pero Estanislao había excitado la ira del brujo de la selva, y, como su hermano, había sido apresado por los tres negros. Al transcurrir la semana, el pobre ministro, gimiendo y llorando, regresó al palacio de su rey.

Esta vez el monarca prohibió terminantemente a Gumersindo que se moviese de su lado; pero el joven le dijo:

—No se trata ya solamente del agua de la vida y de la muerte, ni de las manzanas de la juventud. Mi cariño fraternal y mi honor de príncipe me mandan que parta en busca de mis hermanos y que los traiga conmigo o muera después de vengarlos.

Y el rey, conmovido, le dejó partir, bajo la custodia del ministro.

No menos que a sus hermanos le gustaban a Gumersindo las mariposas; pero él no era arrogante, sino dulce y campechano, a pesar de su valor. Cuando, en persecución de la mariposa verde, llegó al bosque y se encontró al brujo, éste le preguntó:

—¿Quién eres y adónde vas?

Y el joven contestó cortésmente:

Soy el príncipe Gumersindo y vengo en busca de mis hermanos, del agua de la vida y de la muerte y de las manzanas de la juventud.

—Está bien—repuso el anciano, satisfecho—; entra

en mi cabaña a tomar alimento y a descansar.

El joven había rogado al buen ministro que le esperase tres meses y un día; no tenía prisa. Entró en la cabaña, bebió un vaso de leche, comió un trozo de pan con queso y, tumbándose en el catre del viejo, se durmió.

Cuando se despertó quedó asombrado: se hallaba en un palacio magnífico, tendido en cama de brocado y rodeado de servidores.

—¿Cuántas horas he dormido?—preguntó Gumersindo.

El viejo, que entraba en aquel momento, se echó a reír.

—¿Horas? ¡Dirás semanas! Llevas en mi palacio tres meses justos.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó el príncipe, desesperado—. Mañana debo embarcar y tendré que volver al reino de mi padre sin el agua de la vida y de la muerte ni las manzanas de la juventud, y, lo que es peor: sin haber encontrado ni vengado a mis hermanos.

—No te apures—dijo el anciano—y sigue mis consejos. Primero, toma este trozo de yeso y este retrato tuyo que he mandado pintar durante tu sueño. Ahora, siéntate en el suelo y traza con el yeso un círculo en torno tuyo; luego, cierra los ojos y da tres palmadas: en el acto te hallarás transportado ante una puerta guardada por dos gigantes; detrás de esa puerta hay un jardín, y en ese jardín, los dos pozos y el árbol milagroso, guardados por dos tigres. Al final del jardín está el palacio de la maga Imperia. A las doce de la noche, todos duermen durante cinco minutos solamente. Aprovecha el sueño de los gigantes para entrar en el jardín, el sueño de los tigres para llenar este saco de manzanas y estos frascos de agua, y el sueño de Imperia, para entrar en su alcoba, coger su retrato, dejando el tuyo en su lugar, y llevarte su bolsa encantada, que se llena sola y siempre está repleta de oro. Lo que habrás hecho para ir habrás de hacerlo para volver.

El príncipe siguió estas instrucciones al pie de la letra; cuando hubo llenado los frascos y el saco, entró en el palacio y cruzó el primer salón, donde dormían doce damas bellísimas; en el segundo salón dormían otras doce; en el tercero, tendida en un lecho de oro, dormía Imperia, más bella que todo cuanto puede concebir el pensamiento humano.

Y tan bella era, que Segismundo quedó admirado ante ella, hasta que de pronto se estremeció al ver que el reloj marcaba las doce y cuatro minutos. Tuvo el tiempo justo para coger el retrato, dejar el suyo y apoderarse de la bolsa encantada. Cuando salió del palacio oyó los gritos iracundos de Imperia y sus damas, que se despertaban; cuando llegó a la puerta oyó el rugido de los tigres, y apenas se hallaba en la carretera oyó que los dos gigantes empezaron a vociferar.

Pero ya Segismundo se había sentado en el suelo, trazó el círculo mágico, cerró los ojos, dió las tres pal-





madas y se halló nuevamente junto al brujo de la selva.

—Ya has cumplido tu misión y puedes regresar junto a tu padre—le dijo éste.

—No volveré sin haber encontrado o vengado a mis hermanos—exclamó el príncipe.

—A tus hermanos los tengo ya prisioneros por orgullosos; pero, por simpatía hacia ti, les devuelvo la libertad.

Y mandó a sus negros que trajeran a los dos príncipes. Los tres hermanos lloraron de alegría al volver a encontrar, y juntos regresaron al buque, con gran sorpresa y alegría del buen ministro.

Pero al llegar cerca de su patria, Sisebuto cogió aparte a Estanislao y le dijo:

—Nuestro hermano vuelve cargado de honores, y el trono será para él; ¿te parece que le arrojemos al mar durante su sueño?

—No—dijo el otro—; nos acusarían de su muerte. Más vale que cambiemos sus manzanas y sus frascos por agua y frutas corrientes.

Y así lo hicieron.

Cuando el monarca se hubo saciado de abrazar a sus tres hijos, quiso probar la eficacia de los tesoros que traía Gumersindo. Ante toda la corte reunida bebió un sorbo de agua de cada frasco y comió una manzana. Pero siguió tan viejo y achacosos como antes. Entonces Sisebuto y Estanislao dijeron:

—Nuestro hermano es un impostor: los verdaderos tesoros los traemos nosotros.

El rey probó el agua y las frutas que le ofrecían, y en el acto se volvió joven y robusto. Indignado, echó a Gumersindo del palacio.

El pobre príncipe se alejó cabizbajo, llevando tan-

sólo el retrato de Imperia y su bolsa encantada. Así llegó a una feria. Advirtiendo una tenducha cuyo dueño parecía andar muy mal de negocios, se acercó y le ofreció sus servicios como dependiente. El otro aceptó y se fué de paseo, dejándole al cuidado de la tienda.

El príncipe empezó a regalar mercancías a todos los pobres que pasaban, vaciando luego su bolsa inagotable en los cofres del tendero. El buen hombre estaba encantado: aunque se pasaba el día de paseo, en su vida había hecho mejores negocios.

A todo esto, la maga Imperia, después de desesperarse por el robo de que había sido víctima, había notado el cambio de los retratos y se había enamorado perdidamente del hermoso joven que tuvo el valor de afrontar sus tigres y sus gigantes. Llamó a todos los soldados de sus dominios y partió con su ejército hacia el reino del padre de Gumersindo.

Al entrar en la capital los soldados pasaron por la feria, delante de la tenducha, y Gumersindo, según su costumbre, se apresuró a regalarles toda la mercancía que le quedaba.

Los demás vendedores notaron, asombrados, aquella esplendor, y cuando el vendedor volvió de paseo se burlaron de él.

—¡Vaya un dependiente que te has echado!—le dijeron—. Regala la mercancía en lugar de venderla.

—Pues es un medio infalible de hacer fortuna—respondió el tendero, sin inmutarse.

Y les enseñó sus cofres repletos de oro. Los otros se quedaron boquiabiertos, y no bien volvieron a sus tiendas se apresuraron a regalar sus mercancías a tontas y a locas, con lo cual se quedaron sin mercancía y sin dinero. Furiosos, echaron la culpa de su ruina al vendedor y a su dependiente; se liaron a palos, se armó

un revuelo terrible, y, finalmente, todo el mundo fué a exponer el caso al rey.

Precisamente el monarca se hallaba en un apuro terrible: la poderosa maga Imperia había invadido el país con su ejército y exigía que le fuese entregado el príncipe Gumersindo, amenazando, en caso contrario, con que sus soldados arrasarian todo el país.

El rey, que no sabía adónde había ido a parar su hijo, se desesperaba, cuando le anunciaron que una comisión de vendedores de la feria iba a quejarse de un dependiente extraordinario que regalaba las mercancías, enriqueciendo a unos con sus brujerías y arruinando a otros con sus burlas.

¿Cuál no sería la sorpresa del rey al reconocer en aquel dependiente a su propio hijo, el príncipe Gumersindo?

Como ya Sisebuto y Estanislao habían confesado su traición, el rey le abrazó, le pidió perdón por su injusticia pasada y le comunicó las pretensiones de la invasora.

Gumersindo se presentó sin miedo ante la hermosa maga; razón tenía, pues Imperia, lejos de mandarle cortar la cabeza, le dijo, sonriendo graciosamente:

—Príncipe: devuélveme el retrato que me robaste, y a cambio de él te ofrezco mi mano y mi corazón.

La boda se celebró con gran pompa. En ella se ofreció a los invitados, en lugar de champaña, agua de la vida y de la muerte, que la maga había mandado traer en gran cantidad de sus dominios, y en lugar de postres, manzanas de juventud. El viejo ministro hizo tal abuso de estas frutas encantadas, que quedó en mantillas, y hubo que buscarle un ama de cría.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.

## MISTERIOS HISTORICOS

### Shakespeare en Madrid

CREO firmemente que Shakespeare ha vivido en esta vecindad mía; aquí, en la Cava Baja, de Madrid, cuando, allá por el año mil quinientos ochenta y tantos, vino a la corte para ponerse al habla con Felipe II, sobre un asunto de extraordinaria importancia.

Su llegada y su fuga, disfrazado de fraile franciscano para eludir la persecución de la justicia por haber matado a un rival suyo en desafío, se pueden comprobar leyendo el curioso trabajo editado en Liverpool por J. Nuttall: *A brief account of the Travels of the celebrated sir William Stanley, son of the fourth Earl of Derby, of Lathom-Hall, Lancashire.*

El conocimiento de las cosas españolas, indiscutible en Shakespeare.

Los dos gentileshombres de Verona tienen de España algo más que el episodio de Felismena de la *Diana enamorada*, de Jorge Montemayor. El *fantástico spaniard* don Adriano de Armando, de *Trabajos de amor perdidos*, verdad es que no recuerda el carácter ni la prosa de Antonio Pérez, como han querido algunos críticos; pero sí tiene mucho del mismísimo *Don Quijote*, y aun más del provocador de su prosa Feliciano de Silva.

Es claro que este Shakespeare no es el Shakespeare de Stratford, que no sabía escribir su nombre, y cuya vida vulgar, sin relieve, llega a su fin reclamando a un vecino una exigua cantidad.

¡El creador de Sylock!

Este Shakespeare en Madrid, el último Shakespeare descubierto por ahora, naturalmente, no es Shakespeare; es William Stanley, sexto conde de Derby, a quien debe atribuirse la paternidad de la obra shakespiriana, según Mr. Abel Lefranc, en su libro: *Sous la masque de «William Shakespeare»*. — Payot, París, 1919. II vol.

Es curioso que al cabo de los años vuelva el auténtico Shakespeare a la tierra misma que ha tratado de entregarle sus verdaderos prestigios.

Aquí, entre nosotros, fué donde el cónsul de los Estados Unidos en Santa Cruz, el caballero Joseph C. Hart, puso en duda antes que nadie que Shakespeare, carnicero, mozo de caballos, cómico y prestamista, por fin, fuera el autor de la obra que se le atribuye.

Para los prestigios de la inteligencia humana es, efectivamente, escandaloso que un hombre en la vida real, después de haber engendrado tan portentosas creaciones, haya sido un sér vulgar, sin levantarse en ella del más bajo nivel.

El escándalo de Shakespeare llena el mundo todavía desde casi un siglo.

Este absurdo ha hecho buscar un hombre más elevado para padre de esas obras, y se han buscado así hombres más inteligentes, por lo menos. Primero se creyó que ese hombre era Bacon; luego, a pesar de los baconianos, que podía ser un tercero. Y ese soberbio desconocido, el gran ignorado—*the great unknown*—, ha sido, sucesivamente: lord Rutland, un alemán emigrado y William Stanley.

Ahora bien; las razones que dan todos los padrinos de estos grandes candidatos para explicar la adopción del nombre de Shakespeare son insignificantes y especiosas.

El verdadero Shakespeare—queremos decir el que utilizaba ese nombre—hubo de tener alguna razón, y bien grave a buen seguro, para no firmar sus obras.

La atribución a William Stanley, por Mr. Abel Lefranc, sin justificar la razón del pseudónimo, proporciona, con todo, motivos para justificarlo; pero peligrosísimos para el buen nombre del que se oculta.

William Stanley, sexto conde de Derby, inteligente, cultísimo, de elevada prosapia, fué acusado de fratricidio por su cuñada. La herencia de sus sobrinos estuvo en litigio mucho tiempo. Como su hermano se halló mezclado en un complot para sublevar la Irlanda, y él le sucedió en el condado, heredando su prestigio político, no fué muy estimado en la corte. Tenía, además, simpatías por España, que eran tradicionales en la familia. Su padre, Enrique Stanley, cuarto conde de Derby, hubiera implantado por ellas las corridas de toros en Inglaterra; mas su entusiasmo por nuestras costumbres le llevó a ofrecer, con motivo de su boda—febrero de 1555—, la primera co-

rrida de cañas como la viera en Madrid cuando en él estuvo.

Su primo, homónimo suyo, mayor que él trece años, fué aquel hombre extraordinario, tachado de traidor.

Este soldado inglés, traidor a la patria, estuvo, es cierto, a las órdenes del duque de Alba, y antes que D. Alvaro de Bazán, desde las islas Terceras, aconsejase a Felipe II la invasión de Inglaterra, propuso un desembarco en Irlanda. Su conducta, por este y otros motivos, duramente calificada en la historia contra su justificación, que publicó luego el cardenal Allen, debió de ser, y fué, un horrible tormento para aquel hombre inquieto, artista, conspirador, navegante, médico marino y médico pirata, eterno descontento de las gentes y de los pueblos.

Pero mayor lo fué para su homónimo primo, con quien se le había de confundir desde luego.

Por ahí está la justificación del pseudónimo que Shakespeare tomó de un Shakespeare verdadero, vulgar, degradado también, hasta entregar su nombre a aquel a quien la patria le niega utilizar el propio, como castigo a su perjurio.

Los dos William Stanley se confunden en un destino común, como el Shakespeare verdadero y el llamado.

El sexto conde de Deby, llamado Shakespeare, se ha notado que fué el único poeta que no lloró la muerte de Isabel. ¿Es que el llamado Shakespeare fué el otro Stanley? Si fué el otro, el amigo de España, ¿no es absurdo que quisiera aludir a la Armada Invencible con el nombre de don Adriano de Armando, como ha dicho Sidney Lee? ¿Shakespeare es católico o protestante? ¿El Shakespeare que tiene un duelo en Madrid es el Stanley de los viajes, de la famosa balada: *sir Wm. Stanley's Garland*, o es el Stanley conde de Derby?

De cualquier modo, Mr. Abel Lefranc ha contribuido muy seriamente al desenlace del embrollo shakespiriano, deshaciendo un poco la madeja; pero mostrando a la vez nuevos y extraños entrecruces del hilo.

¿Quién sabe si, como aquí empezó a darse de la personalidad creadora del hombre de Stratford, aquí se podrá también fijarla para siempre!

Rafael URBANO

## IMPRESIONES DE UN LECTOR

### Legendo a Salaverría

EL esplendor de las culturas es la excusa de las grandes barbaries históricas. Las culturas nacionales no presupon en marcha paralela de la civilización. No debemos, pues, inducir de una gloriosa herencia artística una grandeza similar en la historia política o social del pueblo que la produjo. Sería una cuestión interesante dilucidar si conviene indagar la historia de una época a través del arte que nos ha legado, o si hemos de estudiar el sentido estético y social de un arte a través de la historia que lo creó. No es esta mi intención ahora. Sólo quiero decir que es peligroso abandonarse a la divinización de una historia bajo la sugestión de grandeza de las obras inmortales que de ella nos quedan.

Pocos lugares habrá en el mundo tan ricos en esa clase de sugestiones como el Museo del Prado. Por esto, es allí más necesario que en parte alguna refrenar los impulsos ditirámicos y las ampliaciones apologéticas. No quiero insistir en mis observaciones sobre la fase apologética de la Historia, a que alguna otra vez me he referido en estas páginas. El valor de inmortalidad del contenido de nuestro Museo tiene un doble sentido, porque pertenece al enlace sutil entre las aptitudes de una raza llegada a su plenitud y las cualidades individuales y universales del genio. Aquí se nos presenta otro gran problema: el genio, ¿es producido de un desarrollo nacional, o, por el contrario, el desarrollo de una nación es producido por la obra educativa de sus genios? No es fácil descubrir, en esa corriente recíproca, lo que es obra de los valores individuales y lo que se debe a los colectivos.

El visitante de nuestro Museo encuentra en él dos corrientes inversas de sugestión: el sentido histórico o nacional y el humano o eterno. Y aquí sí que el temperamento de cada contemplador resolverá de modo bien diverso aquella duplicidad de sentidos; porque para unos habrá armonía perfecta entre ambos, y para otros el sentido eterno de aquel arte



se revelará como una energía dinámica independiente, y a veces en oposición y lucha con el medio en que haya debido vivir.

José María Salaverria ha publicado, en lujosa edición (de la casa editorial Gustavo Gili, de Barcelona), un volumen dedicado a *estilizar* las sugerencias provocadas en él por nuestro Museo del Prado. Salaverria tiene una posición bien definida como intérprete del sentimiento patriótico. Su libro se titula *Los fantasmas del Museo*. Es una galería de evocaciones literarias según el paralelismo interior que en el autor despierta la galería de los cuadros; algo como una pinacoteca literaria.

Toda museo, a pesar de su enorme riqueza estética (con perdón de Marinetti), produce una impresión de necrópolis. La degeneración de la palabra Panteón cuadraría, en cierto modo, al Museo: si el Panteón era el templo de todos los dioses y ha pasado, por curiosa semántica, a tener un sentido mortuario, también el Museo, Panteón civil del genio, implica una mengua considerable de las obras que guarda; porque han perdido su valor dinámico, su ley de armonía exterior, su acción difusa y perenne sobre la vida.

Dentro de la significación de Salaverria, esos ecos o resonancias que en su espíritu despierta la magnificencia del Museo me parecen muy bien. Son brillantes y sonoros, con cierta cadencia de viejas banderas palpitando en las torres de antaño. Encuentro, al paso, observaciones justas; al margen de alguna de ellas me atrevería a inscribir como escudo algún reparo. Así, por ejemplo, la preocupación de lo macabro como simbolismo estético es propia de toda la Edad Media, y no únicamente de los tiempos en que parecía necesario contrarrestar la inminencia del Renacimiento. He aquí un asunto curioso para un investigador, para un ensayo de psicología de la Historia. Tal vez los primeros gérmenes de ese sentido cristiano de la muerte se encuentran ya en la *Hamartigénia* y la *Psychomachia* de Prudencio. Las *Danzas* y *Cortes de la Muerte* coinciden con los orígenes de las literaturas nacionales. Pictóricamente, Orcagna es el primer gran intérprete de esa preocupación, lindante, acaso, con el satanismo de los sábados y aquelarres. El *Inferno*

de Dante es la asunción triunfal de esa tradición; tradición destinada a, más adelante, convertir su ingenuidad infantil en ironía grotesca, por las estilizaciones flamencas de la tentación, la caída de los ángeles, el juicio final, el infierno (Brueghel el Viejo, Jerónimo Bosch, Patinir, Téniers...)

Y a propósito de Flandes: insiste Salaverria en las dolorosas circunstancias geográficas que han hecho de ese país un eterno campo de batalla, ofrecido a la invasión y al choque de las naciones europeas; y estampa unas palabras ambiguas, cuyo sentido convendría dilucidar: Flandes—dice—«no ha sabido agredir, y ha sido atacado. Su deshonor le ha dado cierto aire egoísta, suspicaz y rencoroso. No ha sabido agredir, y es necesario agredir! Toda civilización que carece de agresividad y de valentía parece que lleva dentro algo de judaico, de cojo y poco varonil. Pero la civilización, como toda idea activa, generosa y expansiva, ¿no es ella misma agresividad?» Por de pronto, eso del *deshonor* de Flandes me parece, en verdad, muy fuerte... Sería difícil encontrar en la historia de la pasada guerra una acción honorífica comparable a la del pueblo de Flandes y de su rey; como sería difícil también encontrar acción más deshonrosa que la de los que lo violaron, fastidando a su firma. Mas, aparte de ello, ¿cómo queréis que yo pueda aceptar el concepto ambiguamente agresivo de la civilización. No juguemos hábilmente con las palabras. La civilización es una agresión, ciertamente, una agresión espiritual; y a ese deber de agresión no ha faltado la tierra de Flandes, verdadero solar del sentido civil el arte, y también del sentido artístico de la ciudad. Pero no invirtamos los términos diciendo que toda agresión es civilización, queriendo excusar agresiones históricas demasiado recientes que encontraron en su fracaso la merecida lección histórica, precisamente por secretos e ineludibles impulsos de la civilización...

También encuentro algo que objetar a la afirmación de que el Tiziano y Rubens omiten la representación de la Virgen por incapacidad de comprenderla. Las Madonas del Tiziano no desmerecen de las mejores que puedan ofrecernos las escuelas italianas. Ahí están, sobre todo, sus magníficas y puras estilizaciones de

la Presentación y la Asunción, en la Academia de Venecia; ahí están, en el Prado, sus *Dolorosas*. Y en cuanto a Rubens, aunque con menor intensidad, ¿cómo olvidar su Virgen rodeada de Santos, del Louvre, innegablemente purísima, y la repetición de la misma, pintada en 1621 para el cardenal F. Borromeo?

Anoto también, al pasar, cierta injusticia cometida con Zola (pág. 205), verdaderamente no merecida por un autor que no perdió nunca la preocupación generosa y redentorista.

Los mejores capítulos de la obra son los dos últimos, dedicados a Goya. La naturaleza de su genio, su índole plebeya (¿no fué luego Espronceda, sobre todo en *El Diablo Mundo*, un eco goyesco?), su pre-romanticismo, están justamente observados. Cabrían, con todo, algunas disquisiciones sobre el concepto exacto de la plebeyez; principalmente tratándose de un plebeyo que tuvo que vivir en una corte mucho más plebeya que él, y en la cual se habían invertido los términos de la distinción... El plebeísmo es un concepto relativo; depende de los valores contra los cuales tenga que luchar...

Recibo, ahora del Sr. Salaverria un drama, *Guerra de mujeres*, contraposición de fuerzas actuando sobre el alma rudimentaria de un torero: de un lado, la familia, dulce y limitada; del otro, una feminidad morbosa, falsamente artística. La opción, entre tales elementos, y para la psicología de tal sujeto, no puede conducir mas que al desastre. Para la mujer fatal, la muerte sangrienta del héroe es la suprema voluptuosidad.

Gabriel ALOMAR

## LIBROS RECIENTES

Entre las últimas obras publicadas por la Editorial Cervantes, figuran las siguientes: *La república cooperativa*, por Ernesto Poisson; *Las cien mejores poesías españolas*, selección de Fernando Maristany; *La muerte de Jesús*, de Eça de Queiroz; *El Patriarca*, de Lara H. Lazarevich, y *Tres ingleses en Alemania*, por K. Jerome.

La interesante biblioteca de «Novelas de aventuras», que con tanta aceptación vie-

ne publicando «Mundo Latino», se ha enriquecido con *Pedro Moro, el aventurero*, original de Alfredo R. Antigüedad.

La Biblioteca Hispania acaba de publicar la celebrada obra de Henri Duvernois, *La risueña desventura*, episodios sentimentales de la vida de un joven apurado de dinero.

Hemos recibido últimamente varios tomos de poesías. Entre ellos, merecen mención especial *Nervio*, de Alvaro de Orriols; *Rosas de mi camino*, de Leopoldo Cortejón, y *Espigas*, de Luis de la Jara.

Victoriano García Martí. *Verdades sentimentales*.

La Editorial Mundo Latino acaba de publicar un nuevo libro de la misma aristocrática estirpe de *El mundo interior y del vivir heroico*. Pesetas 4.

Librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28.

## EDITORIAL MUNDO LATINO

Esta Editorial cuenta como sus dos últimas publicaciones—que uno de estos días salen a la venta—dos obras, verdaderas y reacias novelas, que han de obtener un éxito resonante. Una es

### LA RAÍZ FLOTANTE,

del celebrado escritor *José Francés*, cuyas facultades creadoras se muestran en esta su última producción con toda su plenitud. La otra es del cada día más sugestivo novelista *López de Sad*, y se rotula

### GAVIOTAS Y GOLONDRINAS

Precio: 5 pesetas.

Sociedad General Española de Librería, Librerías, Estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28. Envío contra reembolso.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.

# “Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

ESMALTE ORO “EL SOL”  
para dorar cuadros, espejos y retablos.  
La Casa más surtida en colores  
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)  
Sucesores de Díaz Herrera  
HORTALEZA, 17

NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA  
CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714  
PRECIOS ECONÓMICOS VERDAD  
GRANDES EXISTENCIAS

LADRILLOS REFRACTARIOS  
TUBERIA DE GRES  
Fábrica: PACIFICO, 12  
TELÉFONO M 17-65

CASA JIMENEZ  
Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES  
ALVAREZ HERMANOS  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

GRAN SALDO DE PIELES  
confeccionadas y para confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.  
HORTALEZA, 82  
LA ESTRELLA

OBJETOS DE OCASION  
Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.  
SAN BERNARDO, 1.

## ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie  
Les Petits Suisse.  
Fernando VI, 17

## CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

Pedid Coñac Lion d'or





A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR  
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

## EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes

CARDENAL CISNEROS. 62. — MADRID

### MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 - Ayala, 60

### AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

## CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pts.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

## LAMPARA

### EGMAR



LA MÁS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10.  
Plaza de las Cortes, 2.

Nerviosina de T. González De venta en farmacias



## Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas: únicas sin tuf

PARA COC, ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLES, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986

PIDASE EL CATALOGO ILUSTRADO

